

Protagonista: Monseñor

“Domingo de Ramos, quien no estrena se queda sin manos”, dicen todavía por algunos pueblos de nuestra España. El domingo de Ramos de 1973, los conqueses estrenamos Obispo, al menos de nombre, puesto que su entrada se pospuso un par de meses, en espera de que el anterior titular abandonara la diócesis. Acostumbrados a la apagada presencia de don Inocencio, la actividad de Monseñor Guerra Campos ha servido para que, quizá por primera vez en la historia, el mundo nos contemple y —todo hay que decirlo— con no poco asombro.



RECONCILIEMONOS.
HERMANOS...

“Es un honor para Cuenca que venga a ocupar el sillón episcopal una tan extraordinaria personalidad religiosa como Guerra Campos”, decía un opinante anónimo en “Diario de Cuenca”, comentando el nombramiento del nuevo prelado. “Las cosas que dice monseñor Guerra Campos son realmente increíbles”, escribe un diocesano prudentemente oculto en las iniciales M.G.O. en la revista “Posible” del 15 de mayo. Entre ambas opiniones se encierra un periplo de algo más de dos años durante los que, sin duda alguna, nuestro Obispo ha sido el auténtico protagonista de la vida conquesa.

Para el pueblo llano, su nombramiento fue una distinción privilegiada. Que el Obispo de la tele viniera a sentar sus reales en una provincia habitualmente postergada, debía llenar de satisfacción a quienes, de algún modo, se sienten partícipes de la fama y el prestigio de los hombres notables de la localidad. Para autoridades y buena sociedad, los sentimientos eran parecidos, aunque de otro signo, porque la satisfacción, en estos casos, venía motivada por la seguridad de que la diócesis seguiría en paz y orden. Quedaba fuera el temor de que un obispo joven, más o menos avanzado, pudiera alterar con su ejemplo el sistema establecido.

Por el contrario, para el clero inquieto y los núcleos sociales que ansiaban una reforma pastoral, tan necesitada a lo largo y ancho de la provincia, la frustración no fue disimulada.

Quedaba por saber cuál sería la actitud concreta de Monseñor, sus manifestaciones, al terminar su período de marginación episcopal. Quienes aquel día llamaron telefónicamente al arzobispado de Madrid, dispuestos a ofrecer sus respetos al nuevo prelado, recibieron una

respuesta sorprendente: “Ese señor hace mucho que no viene por aquí”. Ese señor había sido Obispo auxiliar de Madrid y Secretario de la Conferencia Episcopal. Reducido al silencio —es un decir— tras la muerte de Casimiro Morcillo, encontró en la pequeña pantalla el púlpito que no tenía y, con tan poderoso medio en su voz, una audiencia millonaria y una proliferación de “Amigos del Octavo Día”, que hicieron ruidosa presencia en Cuenca el 17 de junio, para asistir a la entrada triunfal del Obispo en la diócesis.

Pero permanecía la expectación ante cómo afrontaría Monseñor sus nuevas responsabilidades. Pensaban algunos que el alejamiento forzado habría servido para poner sordina a su reconocida actitud, suavizando sus opiniones conservadoras y su amor por el orden establecido; temían otros que, recuperado el

trabajo en activo, continuaria y desarrollaría su ideología, hasta límites insospechados. El tiempo ha dado cumplida respuesta a ambas preguntas.

Lugares de honor

A cualquier fiesta social da prestigio la presencia de una figura conocida. Para todo acto medianamente solemne celebrado en Cuenca desde junio de 1973, la asistencia de Monseñor Guerra Campos ha sido punto a favor de los organizadores. El Obispo, por otro lado, se ha mostrado extraordinariamente dispuesto a prodigar su presencia. Misas, conferencias, actos académicos, celebraciones patronales, colegios profesionales, barrios, pueblos... han buscado contar con la asistencia de Monseñor, y Monseñor no les ha defraudado.



EL OBISPO SE HA MOSTRADO BIEN DISPUESTO
A PRODIGAR SU PRESENCIA EN ACTOS PUBLICOS.

ESCUELA UNIVERSITARIA DEL PROFESORADO
DE E. O. N. "FRY LUIS DE LEON"
DE CUENCA
BIBLIOTECA